

# TOLEDO DE NOCHE

**R**ECORRER Toledo de noche es un regalo espiritual y el mejor encanto que esconde la Imperial Ciudad. Pero hay que dejarse llevar por las callejas y rincones, vagando sin libros debajo del brazo, sin guías ni planos; con los ojos del espíritu bien abiertos, anchas y extendidas las alas de la imaginación; ligeros, sin las preocupaciones de la cultura humana, plagada de nombres y de fechas.

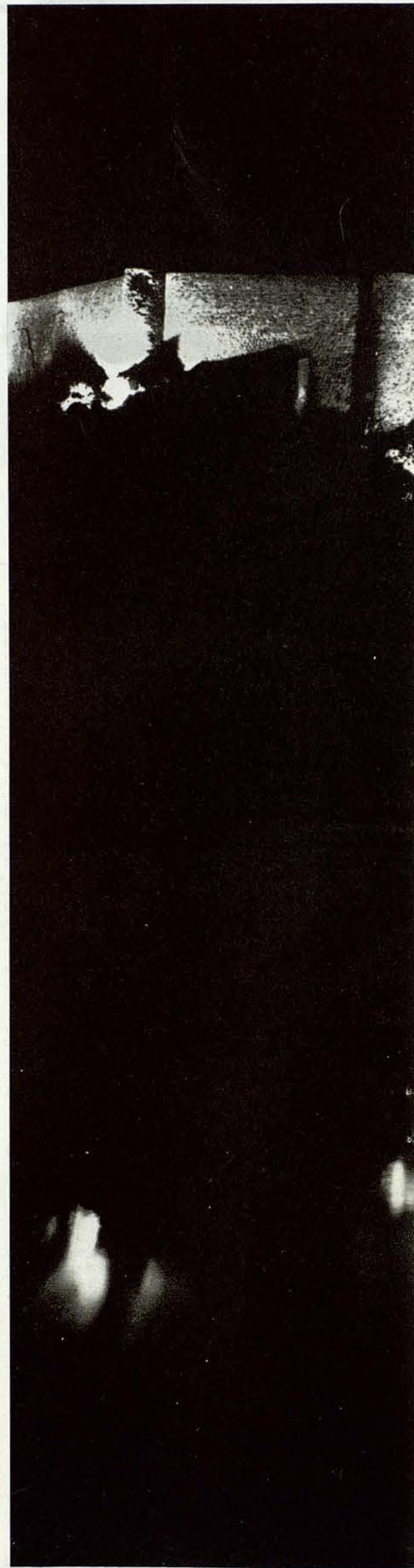
Es en las horas primeras de la noche cuando los templos y los palacios toledanos cambian su tono gris por un leve reflejo plateado. ¡Alto y noble empeño este de ver las cosas a la luz de la luna! Así parece todo más íntimo, más sosegado, más nuestro.

Hay quien dice que Toledo es más bonito de noche. Con todas las reservas con que el calificativo es aceptado por quienes prefieren un adjetivo más rotundo, desde ahora puede afirmarse que el encanto de la vieja ciudad, aquello por lo que es admirada dentro y fuera de España—esto es, su riqueza monumental y artística, sus rincones, sus callejas, su esencia en suma—, se percibe mejor, se siente y se capta más intensamente, cuando la negrura del cielo hace desaparecer cualquier otra cosa que estorbe la contemplación sosegada y casi exclusiva de sus joyas arquitectónicas.

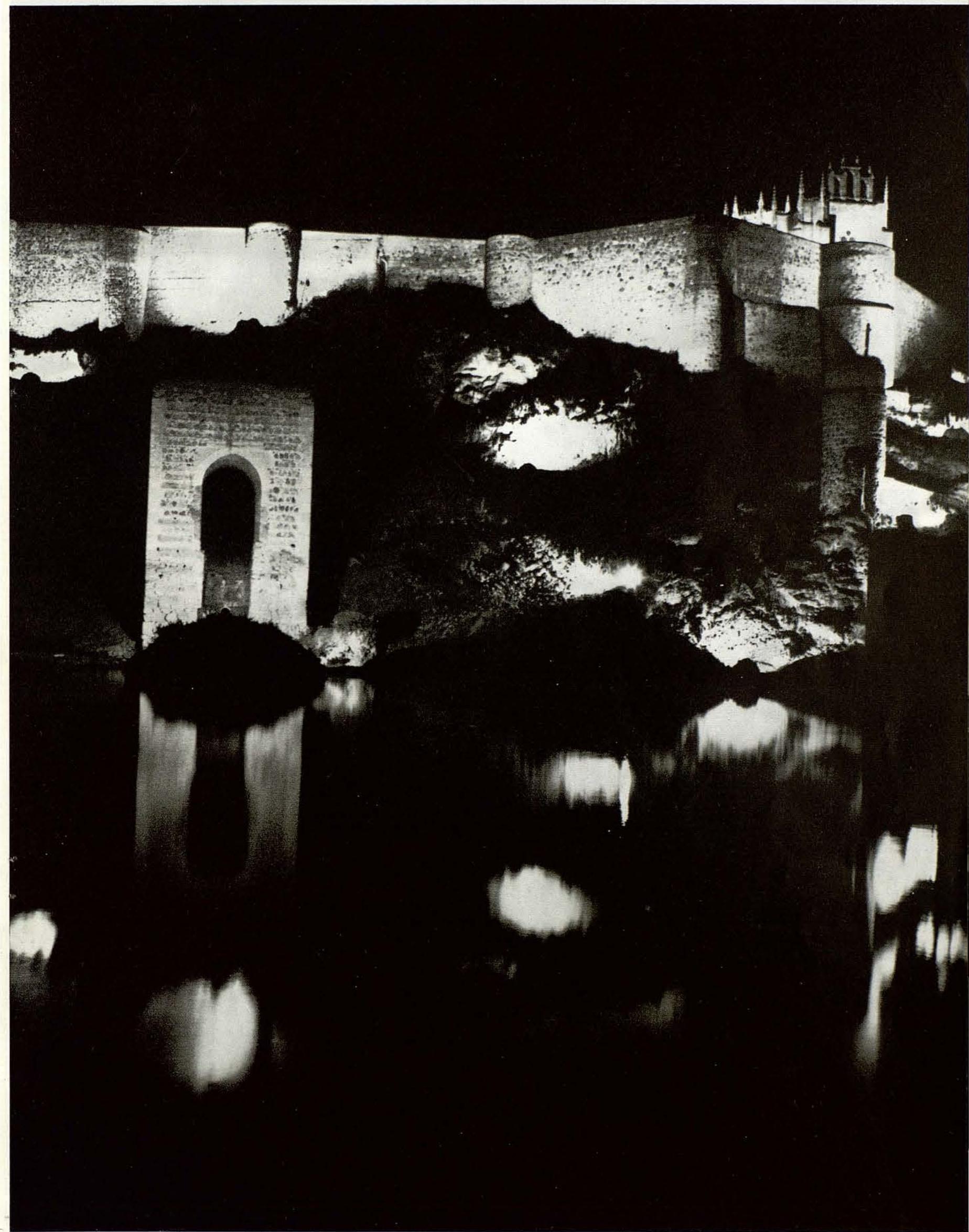
Con la iluminación no se consigue, naturalmente, aumentar el valor de lo histórico; pero sí su poder evocador, detener el paso del tiempo, aislar cada conjunto en su época sin agregados que lo desvirtúen, dar una nueva visión centrada en cada monumento o conjunto, con efectos secundarios que la acompañen y completen.

En los edificios iluminados surgen nuevos temas inapreciados con la luz natural, se valoran masas y elementos, se da un nuevo claroscuro a las fachadas, se centra el interés en determinadas zonas, se matiza el color con distintos tratamientos en el tono de luz. Se cuida así que no se pierda ni se exalte excesivamente el relieve de la modulación ni del ornato. Se pretende, en fin, que cada edificio no pierda su carácter.

LUIS MORENO NIETO



Un reflejo de luz sobre el Tajo, junto al Baño de la Cava. Y con él empieza esta visión del auténtico Toledo, el ignorado, que renace de entre las sombras como si resurgiese del seno de la historia, cabalgando sobre los siglos, admirándonos a cada paso con una evocación de su pretérita grandeza, del poderío y del genio de España. ▶

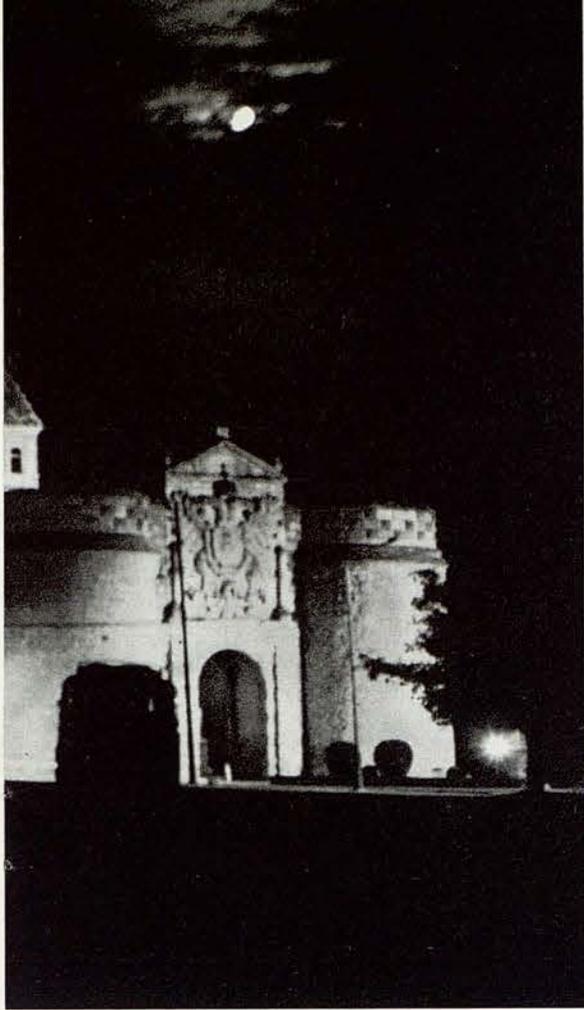




▲ Cuando hace unos años se intentó rescatar de las sombras al Toledo monumental, había el peligro de iluminar demasiado, de planificar, de anular, a fuerza de luz, dimensiones y efectos, y ese riesgo ha sido salvado. Estas murallas de la Reina, con la Puerta de Visagra al fondo, demuestran plenamente que la luz acaricia y destaca, pero no «deshace» a Toledo. Son como el broche del cinturón abierto al río. Tras de ella se adivinan los campanarios monjiles de los monasterios, alineados en los cobertizos, y el cuadrilongo palacio de la Diputación Provincial.

Once siglos han pasado por este viejo Puente de Alcántara, hecho por los árabes para dar acceso al recinto del Alcázar. En su fábrica se ven aún sillares romanos y visigóticos. A un paso del Tajo, en las noches de luna, los remates de sus torres se reflejan en el río, que «canta siempre el mismo verso, pero con distinta agua». Más abajo, entre las sombras, se adivinan los muñones del puente que hicieron los romanos, antecedente histórico del de Alcántara. ▼

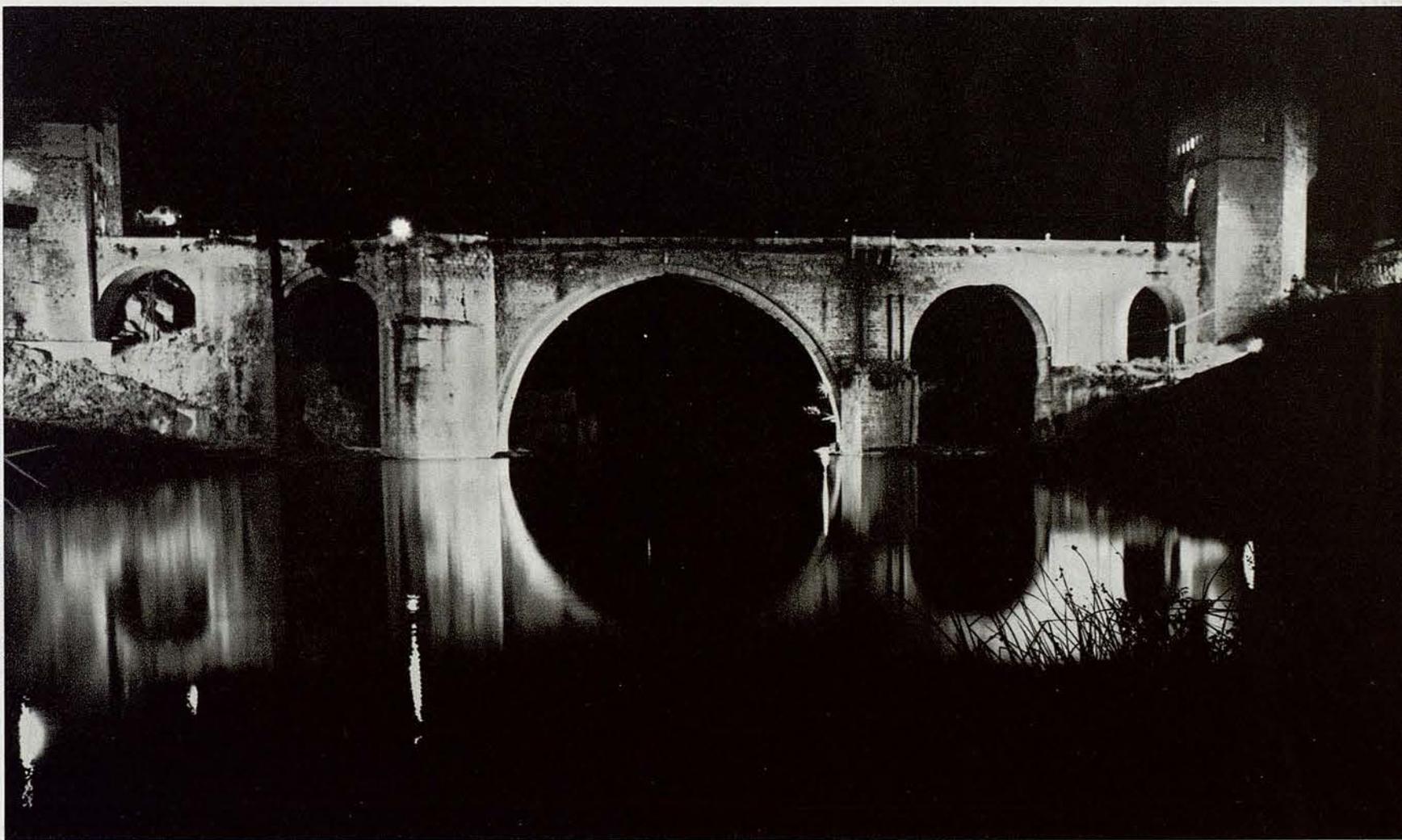


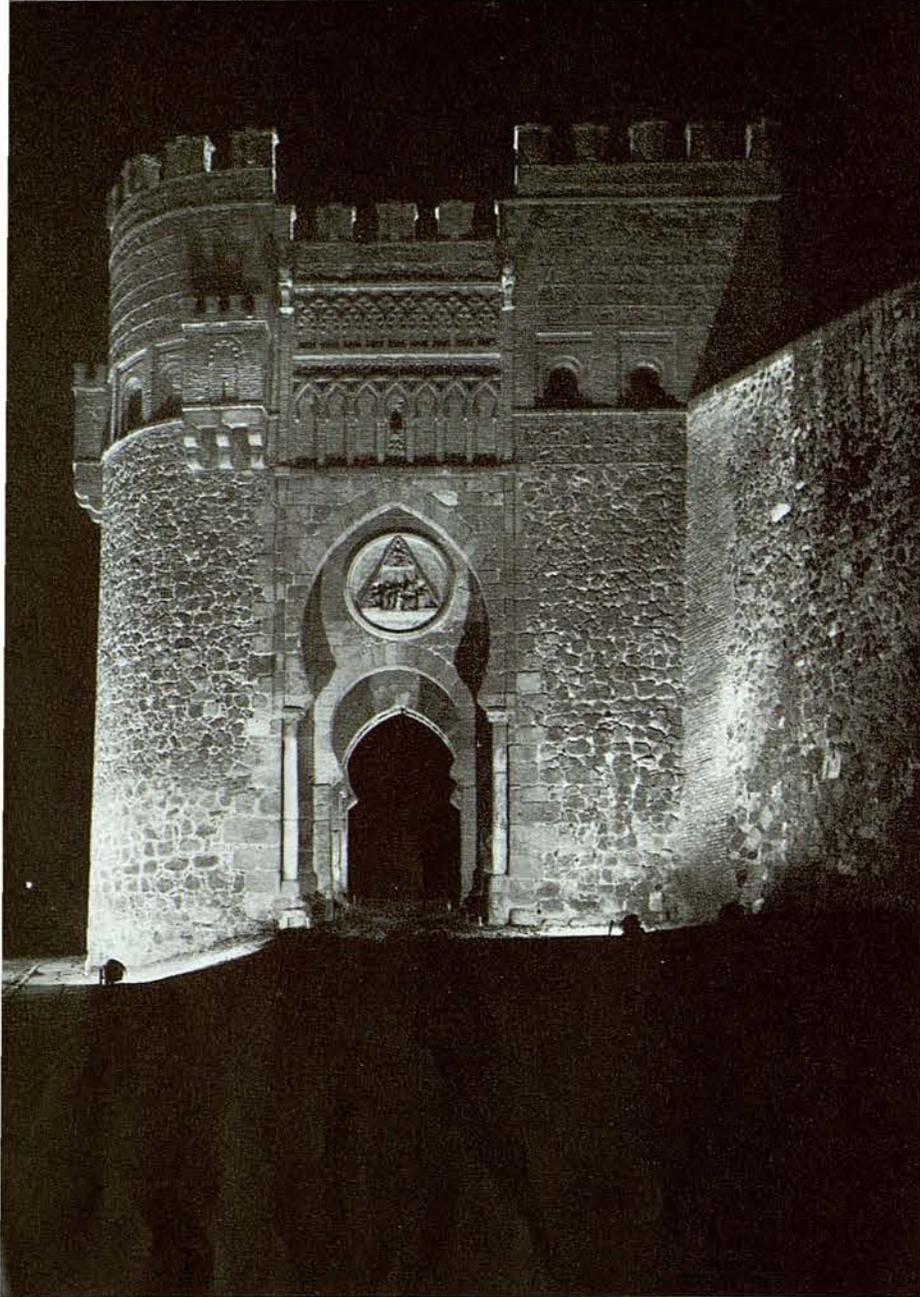


¿Será verdad que la mujer del arquitecto que ideó este puente de San Martín quemó los andamios para salvar a su marido de un fracaso ante la construcción mal calculada? Nunca se sabrá. En Toledo no se sabe nunca dónde acaba la historia y dónde comienza la leyenda. Quizá sea mejor así.



▲ En Toledo se hallan representados todos los grandes estilos que existen en la Península, a excepción del románico puro. El mudéjar es, como si dijéramos, uno de los temas esenciales, comparable a esas melodías que, en las obras musicales, reaparecen continuamente en formas variadas. Santiago del Arrabal es su mejor exponente. Todos los que lo han visto no podrán olvidar estos arcos cargados de idea artística y esta construcción de rojo ladrillo, tan en concordancia con la llanura castellana-nueva, de reflejos de fuego.





◀ Aquí lo que importa no es deslumbrar, sino lograr tonos suaves para que todos los elementos decorativos que suelen escapar al observador durante el día salten a su vista y le impresionen por la noche. Hay cornisas, arcos y relieves que sólo se ven bien a la salida y a la puesta del sol, cuando no se ha inundado todo de luz natural; este efecto es cabalmente el que ha logrado la luminotecnia en la Puerta del Sol toledana.

¡Cuánta historia, Señor, y cuánta vida palpó aquí, en la ciudad que cierra—que cerraba—esta Puerta de Visagra! Godos y árabes, judíos y cristianos, dejaron las huellas de su raza y de su arte superpuestas, a veces atropelladamente, unas sobre otras, como si cada pueblo hubiera querido apagar el eco del vecino, en las callejas que tapa esta puerta, sobre la que campea el escudo imperial de España, el águila bicéfala de Carlos V, que es, naturalmente, el escudo de Toledo, ▼ cuna del Imperio.



◀ ¿Cuándo impresionan más los monumentos toledanos? ¿De día o de noche? Ahora ya se puede hacer esta pregunta. Y contestarla. Por obra y gracia de la luminotecnia, Toledo ha redimido de la oscuridad a sus edificios artísticos, que, sobre el fondo de un cielo negro o suavemente plateado, destacan ahora con perfiles y contrastes desconocidos. «El sol ilumina más—afirmaba el arquitecto García Vallejo—, pero suprime espacios y anula relieves que una iluminación artificial puede destacar.» Eso es precisamente lo que se pone de manifiesto en esta primitiva entrada a la ciudad, la Puerta de Alfonso VI, por la que aquel monarca entró en Toledo cuando la Reconquista, el 25 de mayo de 1085.

Tras el vetusto palacio del Arzobispo saldrá al paso ▶ del caminante el místico ciprés de piedra de la torre catedralicia. En la Catedral, la arenisca, la piedra caliza y el granito de los paramentos han sido tratados con el color y la intensidad de luz que a cada uno conviene: desde el blanco del flúor hasta el suave anaranjado del sodio. No se han buscado efectos teatrales, sino naturales. De la minuciosidad con que ha sido realizada la instalación da idea el hecho de que en la Catedral existen seis circuitos distintos que se van encendiendo sucesivamente: la torre, las puertas, las cúpulas, la fachada central, los arbotantes. La Catedral es el espíritu toledano en la arquitectura: todo en ella es unidad en el conjunto y variedad notabilísima en el detalle. Cada período de la historia ha dejado aquí su nombre grabado. Es, a un tiempo, archivo y museo, y, sobre todo, uno de los templos más hermosos de la tierra.

(Reportaje gráfico Foto Flores.)

